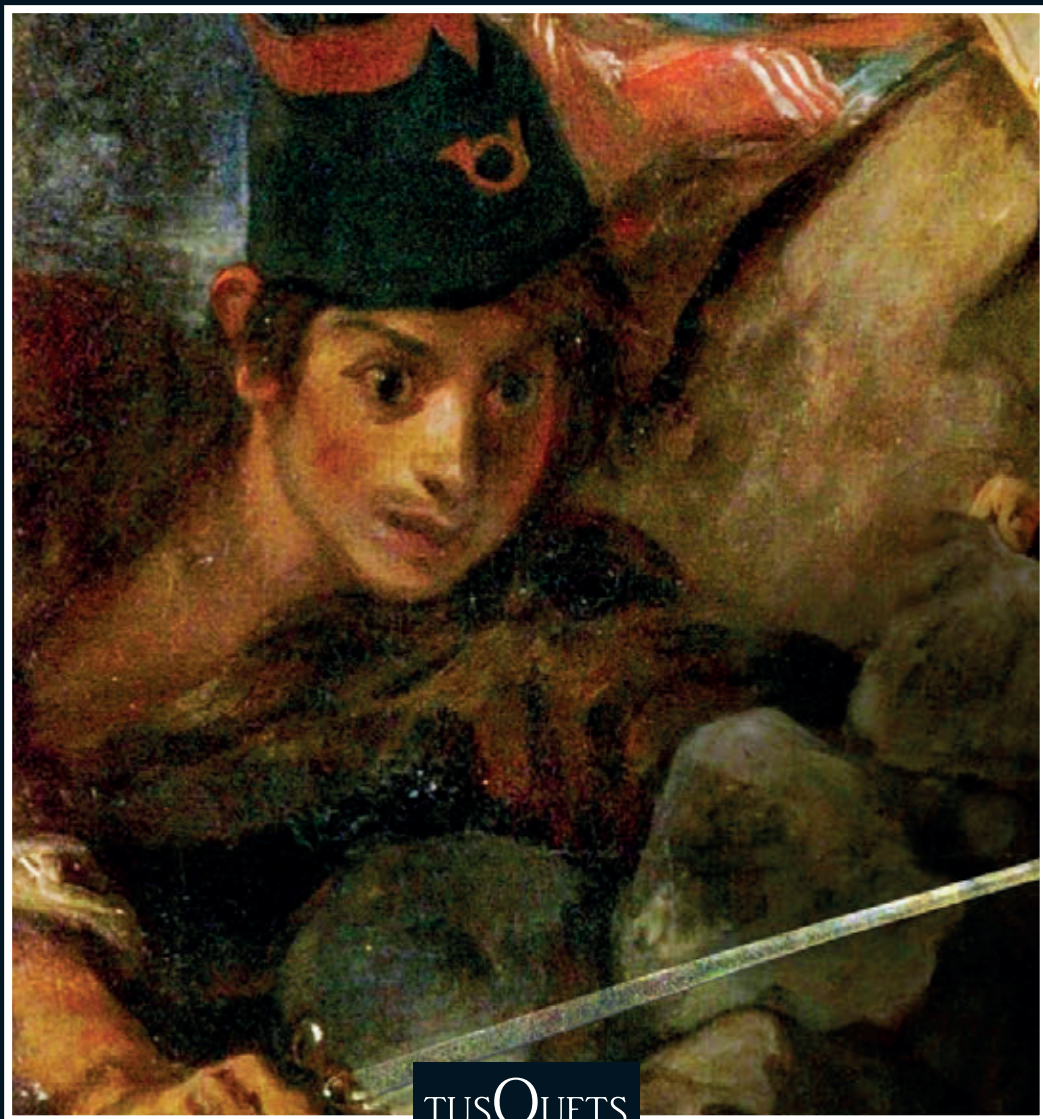


Éric Vuillard
14 DE JULIO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

ÉRIC VUILLARD
14 DE JULIO

Traducción de Javier Albiñana

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *14 Juillet*

1.ª edición: febrero de 2019

© Actes Sud, 2016

De la traducción: © Javier Albiñana Serain, 2019
Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-642-5
Depósito legal: B. 958-2019
Fotocomposición: Moelmo
Impresión y encuadernación: Black Print
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

La <i>folie</i> Titon	13
La Tombe-Issoire	23
La deuda	33
Tomar las armas	45
Insomnio	57
Ciudadela	67
París	77
La multitud	83
Un representante del pueblo	93
El Arsenal	103
El puente levadizo	115
La enfermedad de la delegación	125
Un pañuelo	133
Un cadáver	139
Una tabla sobre el vacío	149
Los funámbulos	157
El diluvio	167
Lluvia de papeles	179

La *folie* Titon

Una *folie* es una casa de recreo, extravagancia de arquitecto, desmesura principesca. Su porte ligero, delicado, y el libertinaje de las luces a través de las innumerables ventanas anuncian el reino burgués de la segunda residencia. Imita las villas de Palladio, es un Vitruvio para empresario, un Alberti de petimetre. Pero de entre todas las *folies* que se construyeron en Francia, en la Borgoña y en la región de Burdeos, cerca de Montpellier, a orillas del Loira, pabellones delirantes, coquetos jardines, con sus islas de magnolios y sus cuevas de musgo, donde enjambres de sombrillas se desperdigan por las avenidas, fue la *folie* Titon la que, en las postrimerías del Antiguo Régimen, dio que hablar. Su gloria reside en haber visto despegar un globo Montgolfier con dos hombres en su barquilla por vez primera en la historia del mundo. El papel que envolvía el globo procedía de la manufactura Réveillon, instalada en la *folie* Titon, en la barriada de

Saint-Antoine, en París. Su segunda gloria fue la última. El 23 de abril de 1789, Jean-Baptiste Réveillon, propietario de la manufactura real de papeles pintados, se dirige a la asamblea electoral de su distrito, y exige una bajada de salarios. Emplea a más de trescientos trabajadores en su fábrica, en la rue de Montreuil. En un momento de relajación y de pasmosa franqueza, afirma que los obreros pueden vivir sobradamente con quince sueldos en vez de con veinte, que algunos tienen *los bolsillos llenos* y pronto serán más ricos que él. Réveillon es el rey del papel pintado, lo exporta al mundo entero, pero la competencia es feroz; le gustaría que la mano de obra le saliese más barata.

La moda la había lanzado María Antonieta, que había mandado empapelar las paredes de su tocador: amorcillo abrazando una paloma bajo un dosel floral, angelotes disparando con arco, grutescos, grupos bucólicos, escenas protagonizadas por monos. Y esa moda del papel pintado, sublimemente pintado, estarcidos, pinceles, se había difundido por Europa; fue entonces cuando entre dos suntuosas fiestas, ahuecándose con un gesto delicado de la mano su chaleco frambuesa apagado y ajustándose el fular crema, Jean-Baptiste Réveillon se planteó seriamente, debido a la furiosa competencia internacional, su recorte salarial.

Pero el pueblo tenía hambre. El precio del trigo había subido, también el del candeal, todo estaba caro. Y hete aquí que Henriot, fabricante de salitre, anunció

por su parte exactamente lo mismo. En los suburbios, la gente comenzó a murmurar. Por las noches se reunían en las tabernas, gritaban, renegaban, se tomaban su copita preguntándose si en adelante podrían llegar a fin de mes. Todo el mundo estaba agitado, inquieto. La noche del 23 de abril de 1789 fue una larga noche de discusiones, de quejas y de ira.

Esto sucedía poco antes de la apertura de los Estados Generales, varias veces aplazada. La gente se manifestó. Un día, dos días, en vano. Réveillon y Henriot debían de creer que se les pasaría, que entre dos lingotazos de tintorro, entre dos mendrugos de pan, se tragarían la píldora, ¡por fuerza se la tragarían!, y que, muy pronto por la mañana, regresarían todos ellos a arrodillarse ante sus máquinas y currar para vivir; porque ¡bien hay que vivir!, uno no puede pasarse la vida berreando en la place de Grève. Pero las protestas no cesaron.

Y es que una gran hambruna azotaba Francia. La gente se moría. Las cosechas habían sido malas. Muchas familias mendigaban para vivir. Aquí y allá, convoyes de grano habían sido atacados, graneros saqueados, almacenes asaltados. La gente rompía vidrios a pedradas, desventraba barricas a cuchilladas. Habían estallado motines contra el hambre en Besançon, en Dax, en Meaux, en Pontoise, en Cambrai, en Montlhéry, en Rambouillet, en Amiens. Aquí y allá, se insultaba a los magistrados, se asediaban sus palacios,

resultaban heridos soldados. Era un pueblo de mujeres, de niños, el que se rebelaba. También, un pueblo de gente desempleada. De seiscientos mil habitantes, París contaba con ochenta mil almas sin trabajo ni recursos. Entonces la agitación se extendió a los que vivían en cuchitriles, se les había apartado de los debates y del voto de preparación a los Estados Generales, saltaba a la vista que no había gran cosa que esperar, que lo único que iban a dejarnos sería el frío del siguiente invierno y la hambruna; el asunto iba a decidirse entre gente de bien.

La tarde del 27 de abril, una multitud afluyó desde Saint-Marcel, reclamando el pan a diez sueldos mientras gritaban: «¡Mueran los ricos!». Arrastraron dos monigotes ante el Ayuntamiento, uno representando a Réveillon, otro a Henriot; los quemaron. La cabeza de Réveillon ardió bajo las farolas, el humo volaba hasta las ventanas, se estrellaba contra el roleo. La gente lloraba. Los magistrados se ocultaban amedrentados tras las cortinas. Las cenizas formaban ya lodo. En torno a la plaza, los miembros de la guardia francesa empuñaban las armas. Las mujeres les gritaban a la cara, las bocas retorcidas en la mugre del aire, que no había derecho a reventar de hambre. Los soldados las apartaban con cuidado, las alentaban a volver a sus casas. Entonces comenzó todo. La gente se dirigió primero hacia la rue de la Cotte, donde la mansión de Henriot quedó arrasada. Tras derribar el por-

talón, de cuyos goznes de hierro seguían pendiendo trozos, se precipitaron dentro gritando al unísono. Las mujeres se abalanzaron hacia las cocinas, recogiendo en sus faldas grano o harina, los hombres se sonaban en las colgaduras, los niños meaban acuclillados bajo las mesas, la multitud corría de una habitación a otra, atónita, rodando barricas de vino, después escapando en medio del fuego que se había declarado, escupiendo en los retratos, tambaleándose, pateando entre un lujo inconcebible que se destruía, removiendo en los cajones, hurgando en las alacenas, los armarios, la bodega. Pero no fue suficiente.

Siempre han vivido en casas de adobe y tablones, con sillas sin paja, sin fuego, mascando pan malo. Eso hace que la ira ascienda tanto como quieren bajar los salarios. Durante la jornada del 28, se extienden los disturbios. Acuden de todos los barrios aledaños, desde la otra orilla del Sena. Recogen a su paso a los ganaderos, a los mendigos que duermen bajo los puentes; y, por la noche, consiguen forzar la entrada de la *folie* Titon. Es el desquite del sudor contra la sombra de la parra, el desquite de lo canallesco contra los angelotes mofletudos. Allí está la *folie*, la *folie* Titon, donde el trabajo se troca en oro, donde la vida agostada muta en golosina, donde todo el trabajo de los hombres, cotidiano, ingrato, donde toda la mugre, las enfermedades, la indigencia, los niños muertos, los dientes podridos, el pelo estropajoso, las callosidades, las desazones de toda

el alma, el mutismo espantoso de la humanidad, todas las monotonías, las rutinas mortificantes, las pulgas, las sarnas, las manos asadas por las calderas, los ojos que relucen en la negrura, las penas, las desolladuras, el puaj del insomnio, el aj de la chiquillería, allí es donde todo eso se convierte en miel, en cantos, en preciosos cuadritos.

La multitud corre por los jardines de la manufactura. Aprietan el paso entre los pequeños setos de color verde tierno, atraviesan el río de la Inclinación por el puentecillo de la Estima antes de quedar atrapados entre los bosquecillos, dentro del secreto de los ricos. Algunos grupos se detienen al pie de la casa, bajo la sublime fachada, admirando frontones, balaustradas, y experimentando ellos también, por un instante, una sensación de gracia, de equilibrio, encandilados por el ansia de proporción y de simetría. Pero el orden y la belleza no perduran demasiado. Una suerte de asco embarga a la multitud. La seducción deja de hacer mella, la majestuosidad de la *folie* Titon se diluye entre la grava del patio. Tan sólo queda la *folie*, la locura, la de las grandezas, con su cráneo perforado.

Sí, aquí, en la casa de Réveillon, todo se troca en lujo, telas, espejos, pequeños útiles para peinarse, maquillarse, rizarse el pelo entre gentiles amorcillos. Sí, todo se transforma en todo, el cordel en cordón de cortinas, la hoz en lindas tijeras, el calzón en batín, los orines del penco en hilera de frascos de perfume. Sí,

aquí la mosca es una abeja pintada en el dintel, el pozo es una fuente, la madera cariada un parterre, la turba pringosa un bonito parqué, los desesperos de cada día una clase de piano, el tejado con goteras se convierte en otro piso, y un amasijo de miles de barracas se metamorfosea en *folie*. Sí, era hermosísima la *folie* Titon. Pero, ahora, sus colchones iban a vomitar sus tripas de lana y sus zapatos a perder los tacones.

Una turbamulta de hombres, fascinada, consiguió, a través de una muselina de telarañas, arrancar unas botellas de las entrañas de la tierra. Era el néctar de las Luces, proveniente de la bodega de Montesquieu. Rompieron los cuellos de vidrio en las escalinatas del palacio y se echaron al colete los más selectos caldos, ensangrentándose las fauces. ¡Qué cosa más buena!, no hay nada como despacharse de un tirón un vino de mil libras, pimplarse a chorro un Château Margaux. La cisterna bien repleta, se levantaron bamboleándose, la sesera hecha un pudín, zumbados, las lentes de piel de salchichón y mascaloteando como vacas. El producto sustraído del trabajo ha de ser derrochado y su delicadeza debe degradarse, ya que todo tiene que brillar y todo desaparecer.

Así comenzó la revolución, el 28 de abril de 1789: saquearon la hermosa mansión, rompieron los cristales, arrancaron los doseles de las camas, rasgaron las tapicerías de las paredes. Lo rompieron y lo destruyeron todo. Derribaron los árboles; prendieron tres inmen-

sas hogueras en el jardín. Miles de hombres y mujeres, de niños, arrasaron el palacio. Querían hacer cantar a las lámparas de araña, querían bailar entre los velos, pero, sobre todo, ansiaban saber *hasta dónde se puede llegar*, aquello que una multitud tan numerosa *puede hacer*. Fuera había una masa de treinta mil curiosos. Pero van desarmados, sólo disponen de palos y adoquines. Y de pronto llegan los gendarmes. El gentío les dirige una catarata de insultos y silbidos. Desde los tejados llueven piedras y tejas de pizarra. Desadoquinan la rue de Montreuil. ¡Qué gustazo apedrear a los guindillas! Sin eso no hay libertad que valga. La caballería avanza contra la multitud; la gente retrocede en medio de las babas de los caballos, frente a los sables que relucen. Entonces, los soldados arman los fusiles y disparan. La primera salva mata a mucha gente, la multitud se pega a las paredes, se acurruca como puede; lanzan tejas desde los tejados, gritan. Pero vuelven a cargarse los fusiles: ¡fuego a discreción! Decenas de muertos cubren la calle. En ese momento se produce una desbandada. La gente corre, se atropella, es la gran colada bajo el jadeo del cielo. ¡Las mujeres gritan a los soldados que no maten, que tengan piedad! Prosiguen los disparos, se hacinan los cuerpos, los soldados a caballo recorren las calles sableando por la espalda a los que huyen. Se habla de más de trescientos muertos y otros tantos heridos. Los cadáveres fueron arrojados a los jardines de los alrededores, a las carretas de estiércol de

los huertos cercanos, amontonados. Hubo también algún ahorcado. Después marcaron al hierro candente a los agitadores, a quienes se mandó a galeras. Y se dice que, aparte de la del 10 de agosto de 1792, fue la jornada más mortífera de la Revolución.